

TRIDUO PASCUAL

Texto: Dolores Aleixandre RSCJ
Imágenes: Maximino Cerezo



La narración de la Pasión comienza hablando de preparativos y de expectación: Judas prepara su traición y los discípulos disponen lo necesario para la cena; Jesús prepara su propia Pascua y la llama "mi hora", la que llevaba deseando desde hacía tanto tiempo. Dios Padre también se prepara para hacer pasar ante nuestros ojos todo lo mejor que tiene: su Hijo llegando hasta el final en la obediencia y en el amor fiel, el Pastor dando su vida por sus ovejas.



Más allá de los aspectos de humildad y servicio manifestados por Jesús, la escena del lavatorio nos invita a preguntarnos cómo nos situamos ante "lo sucio" de los otros, ante sus defectos, fallos y pecados... Todo eso que a nosotros nos lleva a juzgar con severidad, a criticar, a distanciarnos, a él le impulsa a acercarse, a ponerse de rodillas para lavarlo y devolver al otro la posibilidad de continuar caminando.

La resistencia de Pedro es también la nuestra: nos cuesta entrar en ese "juego del Evangelio" en el que todo es al revés, pero estamos llamados a *“tener parte con Jesús”* haciendo con otros lo que él hizo.



La escena de Getsemaní recuerda algo esencial de nuestra existencia creyente: Jesús va y viene del Padre a sus discípulos, pasa una y otra vez de la oración a la relación con los suyos e invita a quienes le siguen a poner los pies en sus mismas huellas. Es como si dijera: “No separéis nunca a Dios de vuestros hermanos...”.

Existe una identificación entre cómo nos relacionamos con los demás y cómo lo hacemos con Dios, y la única forma de “evaluar” nuestra fe en Él es examinar cómo es la fe que tenemos en los demás.



“Todo está acabado” (Jn 19,30)

Dejamos resonar en nosotros esa palabra de Jesús antes de morir, con todo lo que hay en ella de acabamiento de obra, de término de carrera, de meta alcanzada y recorrido final.

De él dijeron que *había amado hasta el fin* (Jn 13,1) y exponemos ante él nuestro camino de búsquedas, trabajos, fracasos y logros.

Le pedimos coincidir con él en esa trayectoria vital de amar, que es lo único importante.



“El primer día de la semana, muy temprano, todavía a oscuras...” (Jn 20, 1)

Tomamos conciencia de lo que “aún es de noche” en nuestra vida, de los aspectos oscuros que nos hacen reconocernos en el miedo de los discípulos, en el desánimo de los de Emaús, en la incredulidad de Tomás...

Nos abrimos silenciosamente a acoger a Aquel que puede inundar nuestras tinieblas con su luz maravillosa.